

Andrés
Sánchez
Robayna
Por el gran
mar

Galaxia Gutenberg

Andrés
Sánchez
Robayna
Por el gran
mar

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2019

© Andrés Sánchez Robayna, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Diseño de colección: Albert Planas
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 3283-2019
ISBN: 978-84-17747-17-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Nell'ordine ch'io dico sono accline
tutte nature, per diverse sorti,
piú al principio loro e men vicine;
onde si muovono a diversi porti
per lo gran mar dell'essere, e ciascuna
con istinto a lei dato che là porti.*

PARADISO, I, 109-114

I

UNA ola
se desliza, contéplala,
una ola
en la tarde que muere, en el sosiego,
llega
hasta tu cuerpo,
abrázala
en el instante mismo
de este conjuro,
una ola
fluye
bajo las nubes que se alargan, desde
qué pozos,
no,
no sabes
de qué materia, hacia

qué límite,
hacia qué bordes que no ves,
sin huellas, sobre
qué laderas del aire,
anega
la ortiga,
el tabaibal,
la pera membrillera,
la roca del comienzo
y el deseo sin fin,
las arenas del límite en la luz
del mediodía que deslumbra
y en la noche que ciega,
cubre
recuerdos que avasallan
y olvidos que escarnecen,
es la unidad,
acaso,
eso que llaman (llamas)
Unidad,
y fluyen
en el aire
los círculos del Uno,
los círculos que son el aire mismo
sobre nuestras cabezas,

círculos
que se ciernen
en el aire
y lo atraviesan,
sobrenadan montañas,
barrancos que se ahorman
bajo el paso del viento,
calles,
parques,
esquinas
que el viento azota y muerde,
memoria de los rostros,
memoria de los días
y las noches,
porvenir que se hunde
en el pasado
y pasado que fluye
a tus manos ahora,
viene
desde el comienzo,
vuelve,
una ola
corre
y se repliega luego poco a poco
en la anchura,

sobre sí misma,
se retira
y, lentamente,
vuelve
sobre la misma arena,
y se tiende,
qué viento
la trae hasta tus brazos,
como en círculos,
se prolonga, contéplala,
se desliza sin fin desde el mar de la infancia.

II

LA casa familiar bajo las nubes,
la mañana de agosto, el emparrado,
las uvas que colgaban de la luz,
yo era una posesión de la presencia,
el aire traspasaba el cuarto blanco
y la cama guardaba aún la huella
del cuerpo que nacía al alba clara.

Y de pronto campanas, la llamada,
era acaso el aviso de otra luz,
en el terso tañido resonaban
la alegría que bulle, el cabello peinado
por la madre que calza los postigos
y gobierna en el aire resguardado,
en la casa, en el día, en la presencia.

III

ERA sólo
una llamada invitadora, un eco,
tal vez, de más allá de la montaña,
de lo invisible. Y, sin embargo, ¿cómo,
ahora, habita en mí el tañido vivo,
la vibración del bronce y del estaño
que resuena en la luz y la propaga
aún en mi interior, vivaz,
perpetua?

Yo venía
por el camino de callaos,
el sol de la mañana atravesaba
los mangos, el verano
envolvía la tierra roja, seca.
El barranco desnudo ofrecía sus piedras

a la piedad del ojo,
la mañana se echaba,
blanca, como una sábana
en la violencia de la luz.

Las ondas del tañido
llegaron dilatando el silencio, una larga
diástole del sonido que venía
del corazón solar.
Grácil, el herrerillo
saltaba por los cactus.

¿Cómo puede, ahora, el júbilo
del bronce en mí sonar, más interior
que lo mío más íntimo?
Habitó la campana y el tañido
igual que ellos me habitan,
trozo de duración disipado en lo eterno.